

De repente hago mis versos... Entrevista al cantador y curandero Leoncio Tegoma Chagala

ALEC DEMPSTER
Artista multidisciplinario

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ
Facultad de Letras, Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán

A finales de julio, Santiago Tuxtla, Veracruz, se viste de gala para celebrar a su santo patrón con concurridos fandangos rodeados de juegos de feria, merolicos vendiendo enseres domésticos, e improvisadas cantinas callejeras. En 1997, durante unos calurosos días Alec Dempster pudo presenciar aquella euforia por primera vez, y se despertaría en él una curiosidad tenaz que no mermaría en los diez años siguientes. Regresó a vivir ahí en 1999, y así como se empieza a conocer paulatinamente un requinto jarocho, traste por traste hasta abarcar todo el diapasón, fue recorriendo los barrios y comunidades del municipio de Santiago Tuxtla y San Andrés Tuxtla en busca de sones e historias. A la par, con las grabaciones de campo empezó a recopilar entrevistas con músicos, bailadores y cantadores, para un proyecto que resultó en treinta historias de vida y treinta retratos hechos con la técnica de grabado en linóleo. Ahora, con apoyo de Raúl Eduardo González en la revisión de los textos, prepara la primera entrega del material en un libro titulado Ni con pluma ni con letra. Testimonios del canto jarocho.

Como primicia, se comparte aquí la entrevista con Leoncio Tegoma Chagala, quien nació el 20 de junio de 1924 en Tres Zapotes, municipio de Santiago Tuxtla, y fue un cantador y curandero; murió el 3 de julio

de 2018. Las andanzas de Alec lo llevaron a Tres Zapotes en el año 2005, en busca del cantador Félix Machucho, quien le recomendó hablar con Leoncio. Siendo una persona muy conocida en el pueblo, no le costó trabajo dar con él, y afortunadamente estaba con ánimos para platicar. Ya Dempster había leído algo acerca de su padre, Alfonso Tegoma, el último violinista del pueblo. Desafortunadamente, no hemos encontrado registros sonoros del violín del padre o el canto de su hijo. Sin embargo, en esta entrevista Leoncio comparte una buena cantidad de coplas. De manera entretenida, entrelaza versos con anécdotas de su vida, dando una muestra de sus habilidades como improvisador.

El cantador tenía ochenta años al momento de la entrevista, donde explica que había dejado el canto por dedicarse a su oficio de curandero; también narra cómo se fueron perdiendo las tradiciones musicales en Tres Zapotes, lo que probablemente sea otra razón para que no cantara con frecuencia. Dice: “Ya no hay música aquí en Tres Zapotes. Ahora en la Navidad, en las pascuas, ni una parranda”. Ramón Gutiérrez Hernández, requintista del conjunto Son de Madera, cuenta que de niño acompañaba a Tegoma con la jarana, de manera que se puede suponer que al menos unos veinte años antes de la entrevista él cantaba aún y probablemente “salía a la parranda”. Leoncio menciona, por cierto, a sus contemporáneos, Rodrigo y José Aduato, tíos de Ramón, quienes gustaban de cantar con él en los huapangos.

Don Leoncio refiere también la manera como se acercó a la música, describe su capacidad para cantar e improvisar coplas, y habla con mucho detalle y sinceridad sobre el oficio de curandero, que, tanto como el de cantar, fue un talento natural en él. Como lo señala, su madre tenía poderes adivinatorios, y cabe mencionar que su tío abuelo fue llamado el Cuate Chagala, uno de los brujos más renombrados de la región. Aunque Leoncio pudo aprender “lo malo” como curandero, él quiso ejercitar “lo bueno”, y lo empleó para sanar a sus semejantes, con el talento natural que tuvo. Para curar, Leoncio pudo servirse tanto de su aptitud con los naipes como de la invocación al Señor de las alturas, e incluso, lo que resulta más perturbador, de la interlocución con el diablo, con quien narra sus encuentros. Lo cierto es que Leoncio fue tan buen cantador como curandero, y la gente lo reconoció por ambas facultades, pues así como pudo curar y conjurar maleficios,

pudo hacer sus versos “de repente”. En la entrevista, que se transcribe a manera de relato, detalla pasajes en los que echó mano de sus talentos, por los que se ganó el aprecio y la gratitud de sus paisanos.

Yo nací aquí, en Tres Zapotes. Era muy chiquito Tres Zapotes. No recuerdo en qué año nací. El año pasado,¹ el 20 de junio, cumplí ochenta años. Ya, en este junio que viene, voy a cumplir 81 años. Hay mucha gente que dice: “¿Cómo le haces?, ¿qué comes tú, Loncho? Estás en un ser cabrón, que no se te nota”.

Yo era uno de los primeros versadores.² Llegaba a un huapango³ y había versadores ahí hablando y diciendo, echando sus versos, pero ya poquito, y dicen:

— Allá viene Loncho. Hombre, ¿qué pasó? Vamos a versar.⁴

— ¡No! Mis respetos pa ti.

Yo llegaba, rápido pa’ dentro. A cada mujercita que me gustaba más, que le adaptaba yo sus versos. No puedo adaptar seguido, pero de repente sí puedo hacer un verso. Cuando tenía 18 años, los papás de antes no te dejaban salir a ninguna fiesta. No me dejaban salir, pero ya cumpliendo los 18 años me conseguí a esta mujer; me la robé. La invité, y me dijo:

— Sí, me voy contigo.

— ¡Ah, bueno! Ni hablar.

Entonces, ya como que me chispé un poquito.⁵ Ya teniendo mi mujer, me fui a un huapango a oír na’ más; ‘taba un señor ahí que versaba bastante, y me dice:

— Loncho, ¿tú no sabes versar?

— Yo me sé varios versos, pero, como no podemos adaptarnos a la música, no sabemos todavía.

¹ La entrevista fue realizada el 5 de febrero de 2005.

² *versador*: ‘cantador de versos’; también, ‘improvisador’.

³ *huapango*: ‘fandango, fiesta comunitaria con música de cuerdas y baile zapateado’.

⁴ *versar*: ‘cantar, argumentar con versos’.

⁵ *me chispé*: ‘me zafé, me escapaba de casa para cantar en los huapangos’.

— Yo traigo un material que es buenísimo pa la versada.

Sacó de acá una botella.

— Tiéntala: ¡'ta calientita! Esto es un té para poder versar. ¡Ven-te pa' cá a la oscurana!

Y ya nos fuimos, y le pegó él.

— ¡Sáquele un trago!

Pero era como alcohol. Le saqué un trago y lo sentí bueno. Medio conversamos.

— ¡Échate otro!

Seguimos conversando.

— ¡Échate otro!

Cuando ya me eché tres tragos, ya me sentí en otro tema.

— Vámonos, a ver qué sale. Vamos a pedir. ¿Tú no sabes versos de "El carpintero"?⁶

— Sí. Sí sé.

— Voy a pedir "El carpintero", para que yo cante y tú me contestas.

Pidió "El carpintero", pero nada más a la primer contestación me dice:

— No. Tú vas a cantar "El carpintero".

Y lo comienzo.

— ¿Pa qué te voy a dar la medicina? ¡Me rebasaste! ¡Ahí, me rebasaste con la voz tuya!

Y desde entonces, como todos los sábados hacían huapango, todos los sábados íbamos, y él se adaptó conmigo, pero ya él iba nomás para contestarme; pero para que cantara, ya no cantaba.

— ¡Me acabaste!

La gente decía: "¡Lo rebasaste!".

Ahí se acabó de cantador. Nomás se arrimaba por contestar, así. Él se llamaba Victoriano Nato, y era mayor de edad: ya cuando yo lo conocí tendría como unos cuarenta años de edad y yo tenía 18 años. "Tonces empecé a versar y a versar, y de ahí nació

⁶ *El carpintero*: se refiere al son "El pájaro carpintero".

que de repente puedo hacer un verso. No muy seguro, pero sí lo puedo hacer. Yo hice un verso a mi favor, que dice:

Leoncio en un tiempo hacía
lo que le daba la gana:
de dos viejas que él tenía,
una me tendía la cama
y la otra me vestía
siete veces a la semana.

Ahí me fui, y de repente hago mis versos. Hace como unos ocho meses que yo traía una vieja que era de aquí, pero se fue a Isla, y fui yo a Isla a una chambita. Iba yo con otro cuate por la vía, cuando la veo que allá viene con el macho, y me dice el cuate ese:

– Ahí viene la chava esa. Viene con su macho.

– Te voy a decir un verso ahí tocante. Ya cerquita.

Nosotros vamos relajando aparte, na' más pa' que ella oiga, y le dije:

Caminando por la vía
donde iba el tren pasajero,
me encontré la vida mía
que iba con un jornalero;
le dije: “Deja ese gato,
que yo sí traigo dinero”.

Y ella na' más me hizo así por detrás.

Hace rato estaba ahí con el zapatero. Se trató de chistes diversos, pero llegó otro señor que dice que también le entiende a sus versitos. Echó como dos o tres, y dice: “¡No!, mis respetos pa Loncho. Este cuate estaba nuevo y yo era chamacón todavía. Llegaba a un huapango y hacía florecitas. Todo mundo lo quería; hasta el sol de hoy, todo el mundo lo quiere”.

Yo de repente sí hago mis versos. Antier fui a Los Lirios, y por allá un señor que andaba medio entrado, pero se llevaba mucho conmigo, dice: “Yo te voy a hacer una pregunta en verso, a ver si me la contestas”.

Me echó el verso, y se lo contesté:

En la medianía del mar,
 en esa agua cristalina,
 de paso escuché cantar
 la sirena y la tonina
 en verso de argumentar,
¿cuál es la concha más fina?

— Ni tú sabes.

Si cantando me adivinas,
 en un peine lo has de ver:
 yo en América Latina
 a un sabio le hice saber.
¿cuál es la concha más fina?
 La tortuga de carey.

— ¡Jijo de la chingada! Me mataste, cabrón.

Hay cosas bonitas para convivir, que por suerte no todos pueden hacer eso. Entonces, llega uno a una reunión y que: “Ya échate un verso”. Ya, por ahí, uno cosechando buenas personas y buenos amigos. ¿No sé si conociste [a] Moisés Mulato? Es un hombre de mucho dinero, nomás que se murió el hombre. Siempre andábamos con las versadas, pero un día estábamos sentados en el parque, y se pone una tempestad, una tribunada⁷ grandísima, y ya me vio. Ya que me vio, me quedo filiendo. Dije: “Algo va a querer”. Me dice:

— Te voy a pagar siete medias arrebiatadas si me haces un verso de esa nube.

Yo me echaba mis cervezas primero, pero tiene diez años que no tomo. Taban como cuatro o cinco ahí, y le digo:

— Hay que poner una autoridad.

— No. Nada de autoridad. Lo quiero ya, así.

⁷ *tribunada*: sic, acaso por ‘atribulada’.

— En eso que le busque de autoridad, o alguna palabra para poderte acomodar, pues tenemos que poner un testigo.

— No, yo soy el testigo, pero que suene.

Subí al cielo, tomé asiento
 en el centro de una nube,
 y como no me detuve,
 que me sirva de escarmiento.
 Qué mala fortuna tuve,
 que pronto me llevó el viento.

— ¡Hombre desgraciado, te ganaste la cerveza, a lo macho!

Y ahí seguimos, y a última paramos en la cantina a echar cervezas. Pero por lo menos cosecha uno amigos.

Yo me vi muy malo. Casi pa morir, y cuando me empecé a controlar, le busqué. Dice:

Yo me pasee en un desierto
 vestido de militar;
 pero a pecho descubierto
 me ha gustado retozar.
 He peleado con la muerte,
 y no me pudo llevar.

Ya no hay música aquí en Tres Zapotes. Ahora, en la Navidad, en las pascuas, ni una parranda. Lo que se llama nada. Nosotros éramos de los primeros parranderos que juntábamos a veces hasta diez muchachas pa salir a la parranda, y bailadoras. Una parranda es una reunión que vas a cantar “Las pascuas” a una casa; ahí, “Las pascuas” y un son. Pides el aguinaldo y pa’lante, a otra y a otra; otra, y ahí se va uno. Hay que tocar un son. Hay personas que les gusta tanto: “¡No, échate otro son!”. Y ahí está la lana. A veces, había casas que, cuatro o cinco sones, porque el dueño de la casa le gustaba: “Hora. Ahí está la lana, y, si quieren tomar algo, horita traigo”.

Aquí pasaba muy bonito antes, pero ahora ya no. Yo me quedé con los deseos de oír una música aquí. No hubo parrandas de nada, ningún músico.

Yo hice la lucha a la jarana; nunca pude sacar un son. Con el violín también le luché y le luché; nada, no pude sacar nada. Yo creo que el que va a ser músico ya viene de allá; cada uno Dios le da su destino.

Yo soy pobre, y Dios lo sabe,
pero no soy orgulloso.
No me gustan novedades,
porque aquel que es cariñoso
goza de felicidades
de todos los campos frondosos.

Me voy hasta el Puerto Rico,
a ver si allá me enamoro.
Como tengo largo el pico,
te voy a hablar sin decoro:
si otro diente se te pica
te lo mando poner de oro.

Es que me gusta la versada, pero tiene años que ya no verso. Desde que agarré mi trabajo este, como que me fui desviando de la versada, sí, y con la edad que tengo la fuerza de la versada ya no me da, creo yo. Con los Gutiérrez, cómo me querían para la versada, con Rodrigo Gutiérrez y José Aauto Gutiérrez; era gente de mi edad, pero que tenían mucho dinero. Un día llegué al huapango y estaba José Aauto echando verso, pero llegó una hermana mía que yo tenía, y José Aauto también con su hermana; como eran canijos, me echó un verso donde me decía que le gustaba mucho mi hermana. Le contesté; yo le digo en verso:

Una noche de oscurana
me correteó una patrulla;
me subí por una rama,
me baje sin hacer bulla.

Si a ti te gusta mi hermana,
a mí me gusta la tuya.

—Vamos a dejarlo en la paz, cabrón. Ahí lo vamos a dejar.

La otra vez llegue ahí a'onde matan cochino; allá por la calle, y estaba un cuate. Me dice:

—Tú que eres muy chingón, no compres los chicharrones; pide un chicharrón en verso.

—Pues a ver qué sale.

En la cumbre de un encino
canta un pájaro gorrión.
Lo digo con voz ladina,
también con satisfacción:
si usted es dueño del cochino,
regáleme un chicharrón.

—¡Pa' su mecha!, ahorita busca un chicharrón, y no uno. ¡Pa' su mecha!, eres cabrón. Échate otro tocante al cochino.

Amigo de la colina,
mira lo que me pasó,
y como mi ciencia es fina,
por eso elevo mi voz:
quiero carne de cochino,
ya la de res me aburrió.

—Dale un kilo de carne a este cabrón. Dáselo, que yo te lo pago. Me gané mis chicharrones y un kilo de carne.

Pa' ochenta años que yo tengo, y no conozco un enemigo. Nada, absolutamente; muchos amigos, muchas amigas, viejas y nuevas. Conmigo, donde me encuentran:

—¿Qué pasó, don Loncho? ¿Qué tal, cómo está usted?

Eso es muy bonito. Todo mundo me quiere, gracias al Señor. Le doy gracias a Dios, porque el contar con amigos es como si

contaras con mucho dinero. Si tú tienes muchos amigos, haz de cuenta que tienes dinero, pero si tienes enemigos, ya no.

Los huapangos se hacían cada sábado, en cualquier casa que se la pusiera; a veces, en la calle, la autoridad lo organizaba. Los músicos veían la autoridad: “Oye, ’ta bueno pa hacer un huapango. Hay que hacerlo. Vamos a hacerlo en tal casa”; y allá se hacía el huapango.

Yo iba todos los sábados, porque el primer huapango que yo llegué ’taba yo con un señor que se llamaba Dámaso Chagala, pero era un cristiano muy estudiado, sabía mucho leer; ese fue el primer agente municipal de Tres Zapotes, y ya de ahí le dieron otro cargo, y era *don* Dámaso Chagala. Con él estaba yo, y llegó mi papá y mi mamá — que Dios los tenga en la gloria —; dice mi papá:

—Mire, se casó. Allá vas, a ocultar tu mujer. No es para que estés en el huapango.

—Espérense. Les voy a hacer una pregunta a ustedes, antes de que Loncho se vaya. Loncho es un cuate que no ofende a nadie; todo mundo lo está queriendo. ¿A ver, mujeres, si en algún verso las ha ofendido?

Ya se paró la mujerada.

—Mire, su hijo, doña Isabel: un hombre muy honrado; ’ta nuevo. Los músicos también; mujeres nuevas y viejas vinieron:

—Es un muchacho muy honrado; ’ta nuevo, tiene que divertirse, pues se va a ir de todas maneras.

Les dijo don Dámaso Chagala:

—Usted, don Alfonso Tegoma, ¿está usted manteniendo a su hijo ahora después de casar?

—No.

—Que viva como quiera; no tiene derecho a mandarlo ya; ’ta casado, y al estar casado ya él es libre. Él puede hacer de lo suyo, lo que él quiera. Ahora, si usted lo estuviera manteniendo, ni qué hablar. Usted, doña Isabel, ¿le lava la ropa a su nuera?

—No, que la lave como pueda.

—Ahí está. Perdieron los derechos.

Mi papá se llamaba Alfonso Tegoma. Ese tocaba el violín; mi papá empezó a tocar el violín solito, dice que solito empezó a

hacer la lucha, hasta que sacó un son y por ahí se fue; ese violín, pues. Sólo Dios [sabe] adónde consiguió el primero; era un violincito muy feíto, estaba muy mal hecho; pero después compró otro, y ese que compró se lo vendió a los hijos de Moncho Gutiérrez, ahí se los dejó vendido. La música del violín también es muy bonita. Mi papá era muy solicitado para tocar; hacían fiesta seguido. Él trabajaba en la milpa; nosotros también, en la milpa. Ahora tiene años que no trabajo en el campo; na' más mi trabajo. Él no cantaba; na' más tocaba el violín; todos los sonos tocaba en el violín, na' más sonos.

Voy a comprar un guayín,
pa llenarlo de mujeres,
y también un buen violín,
para gozar de placeres.
¿En qué quedamos, por fin,
me quieres o no me quieres?

Mi mamá se llamaba Isabel Chagala; mi mamá trabajaba en su cocina. Y si por suerte tú tenías una vaca y se te perdía la vaca, la venían a ver y ella con sus cartas te decía en qué parte está la vaca; ese era su trabajo de mi 'amá. Ella te decía: "En tal parte está la vaca, vétela a buscar"; lo adivinaba. Resulta que ellos eran ansina, y no nos dejaban ver, aprender, ni nada, pero después de casado, cuando yo tenía 18 años, se enfermó mi suegra, que a mi suegra le hicieron una maldad, que su espaldilla se le hinchaba. Dice que veía en la noche que la sofocaban, y ya se le hinchaba la espaldilla. La llevé con una señora que se llamaba Carmen Rojas — que Dios la tenga en la gloria —; me dijo:

— En veinte minutos se le deshinchaba la espaldilla, porque yo soy la mamá de todos los pollitos de San Andrés, una bruja famosísima. ¿Y tú cómo te llamas, muchacho?

— Yo me llamo Leoncio Tegoma Chagala.

— Leoncio, te voy a dejar mis pertenencias. Yo tengo noventa años de edad, y te voy a dejar mis pertenencias.

— Patrona, yo no sé leer, no sé nada, nunca me mandaron a la escuela; yo no puedo aprender nada.

— Como yo tengo tanto interés, que tú me caíste muy bien, a ti te voy a dejar mis pertenencias. Te fijas con qué voy a dar la limpia.

Agarró un vaso de agua, y ahí puso a mi suegra de puerta a puerta.

— Cuando te venga un enfermo, así grave como está, de puerta a puerta, pa que el aire se vaya p'allá o p'acá, pero tienes que sacar rápido.

Agarró un vaso de agua. Le bajó la blusa hasta acá y la empezó a soplar; se llenaba la boca. Se le acabó un vaso y llenó otro y la sopló al revés.

— ¿Adónde está la hinchazón, Reyes Sapo?

— Oiga, no me duele nada.

— Yo soy la madre de los pollitos de aquí de San Andrés. Cuan-to brujo lo rebaso, y te voy a dejar cosas muy buenas, Leoncio. Aquí te voy a decir por qué le hicieron esto: ella es querida de Dámaso Chagala.

— Es verdad.

— La Chepa Chagala y la mamá de Chepa pagaron a Domitila Chacha en Catemaco; allá tiene el retrato de Reyes Sapo, para que la esté dominando. La vas a ir a ver, pero dentro de quince días. Antes no vas a ir a que te entregue eso, y tú le vas a pagar ese trabajo.

Entonces, desde esa hora agarró el rey de copas, y dice:

— Este rey de copas es Dámaso Chagala. La sota de espada es la mujer de Dámaso. La sota de oro es la Chepa Chagala.

Empezó a barajar y a barajar, y yo atendiendo, y las puso:

— Córtalas.

Las cortó y las levantó, y ahí en la puerta está el rey de copas que es Dámaso Chagala. Detrás de él esta su mujer, y más atrás está su hijo. Exactito, lo sacó, pero yo no le perdía de vista, porque yo 'verdaderamente cuando estaba recién casado no tenía casi ni ropa pa' cambiarme. Pobrecito, pobrecito. Entonces hizo la baraja así, pa'llá, pa'cá, ahí en la mesa. La recogió:

— Sácamelas igual. Barajéala.

Yo no sabía ni barajar. Empecé a componer.

— Córdala, patrón.

— Te fuiste con el primer trabajo. Salió exactito. Ahí en la puerta está Dámaso. Está la mujer, igualito.

Yo me admiré de eso. Así fui; un año trabajé: iba yo, venía yo, y ella enseñándome, y yo metiendo sentido. Le puse atención lo más que pude.

— Te voy a presentar con un muchacho, o sea, un señor de mucha edad, para que te ayude bastante, pero no tengas miedo. Vamos a ir a las diez de la noche.

Pues a esa hora me fui agarrado de su vestido, porque era una oscuranera 'onde íbamos en el monte.

— No tengas miedo. Va a ser un muchacho nuevo o va a ser un señor de edad. Le voy a decir que te lleve para que te ayude; si él dice que te va a ayudar pero que te va a sacar un jeringazo de sangre de aquí de tu brazo, le dices que no, que quieres que te ayude como amigo.

Llegamos a un cedro que entre tres cristianos creo que no se abarcaba. Sacó ella una faca en ese oscuranero; lo pinchó, y echo de cuenta que se iluminó todito, como si prendiera un foco. Olía a perfume cantidad.

— Por ahí viene. No tengas miedo.

La necesidad me obligaba a no tener miedo. Entonces, cuando ya lo vemos, que ahí viene un muchacho nuevecito con unas cadenas de oro, unas esclavas, reloj, unos zapatos y ese olor a perfume:

— ¿Qué andas haciendo, Carmita?

— Vine porque traigo al amigo más querido que no pensaba encontrármelo.

— Ah, y ese amigo ¿qué quiere?

— Te lo traje para que tú lo ayudes, que él está muy repobre. Yo sé que Leoncio es un hombre muy bueno, y que tú lo ayudes.

— Aquí traigo una jeringa para sacar un jeringazo de tu sangre, Leoncio. Escribe tu nombre en esta libretita, y dentro de cuatro días vas a esperar a que a las dos de la mañana te van a tocar la puerta. No abras hasta que ya esté casi aclarando. Te paras a

meter todas las pacas de billetes que te voy a mandar, pero me dejas escribir tu nombre con sangre de la tuya.

– Mira, hermano, no quiero hacer compromiso.

– Tú vas a ser el mayor curandero en Tres Zapotes. Vas a ser la mamá de los pollitos, pero que me des tu sangre.

– Mira, hermano, yo no quiero hacer compromiso. Si tú puedes ayudarme como amigo, ayúdame como amigo.

– Como amigo no te voy a ayudar.

– De mis carnes, haz lo que tú quieras hacer, pero a Leoncio me lo vas a ayudar como amigo cuando él te invoque para algo que no pueda hacer. Hay personas que te las regalan, y si esa persona que te regalaron va a buscar a Leoncio porque se siente mala, que él venga y te diga a ti que levante la fianza pa' que se alivie enseguidita. De mis carnes, haz lo que tú quieras.

– ¿Me vas a firmar aquí que de tus carnes voy a hacer lo que yo quiera? ¿No te vas a arrepentir?

– No me voy a arrepentir. Le firmo.

Yo creo que nadie está de acuerdo a dar sus carnes por que otro viva, ¿verdad? ¡Nadie, y la señora esa lo hizo! Nos venimos para la casa, y al otro día temprano:

– Yo me voy a morir. Me faltan doce días pa' morirme, y me voy con el individuo ese. Allá voy a estar viva, Leoncio, pero yo jamás te voy a invocar allá. Estando viva, yo te ayudo, y él te va a ayudar como amigo; te va a llevar con otra mujer que es mi segunda amiga.

Me llevó con una señora que se llamaba Rosa Volpi, y ella dice:

– ¿De dónde es este muchacho?

– Soy de Tres Zapotes, señora.

– ¿Cómo se llama tu papá?

– Alfonso Tegoma.

– ¿Tu mamá?

– Isabel Chagala.

– Pues, ¿cuánto va que tú eres un ahijado mío?

Todo vino por Dios, porque era una curandera también.

– A ver, Hermenegildo – que así se llamaba su esposo –, ahí en el ropero tengo un libro y en ese libro tengo la fe del bautizo;

a ver, tráeme el libro. Aquí está: Leoncio Tegoma Chagala. ¿No eres mi ahijado? ¡Eres mi hijo querido!

Me abrazó y me levantaba la señora. Me aflojó, y vino el marido y me levantaba.

—¿Qué viniste a hacer, mi hijo? Aquí tu madrina te va a enseñar lo que tú no crees.

Ya le dijo la señora esta que me llevó:

—Ya sabe bastante él; sabe de raíces, sabe de yerbas, sabe de todito; para echar las cartas es buenísimo.

—Ahora te voy a enseñar otra cosa.

Se fue y por ahí trajo un librito, asinito.

—Cuando una persona te trate muy feo, no le contestes nada. Si no se pudo hacer nada a esa hora, al otro día a las seis de la mañana te paras y rezas estas palabras, que a las seis de la tarde tiene que estar muerto: va a pegarle un dolor muy grande, y se muere por que se muere.

Yo con mi pobrez le dije:

—Madrina, no quiero aprender lo malo; quiero aprender todo lo bueno; yo le voy a agradecer al Señor que Él me ayude para aprender lo bueno.

No aprendí eso. Aquí, si viene un enfermo, yo le pongo la afición: en el nombre sea del Señor de las alturas; y es el que me ayuda. Rapidito sana. Ahorita acabo de sanar a una de Tlapacoyan, que la trajeron todo San Andrés y Catemaco, que no pudo sanar y que estaba desahuciada. La trajeron, y les dije:

—Mire, señor: está atrapada por el enemigo.

—Pero eso, ¿por qué? Esta muchacha tiene 17 años de edad; no la puede haber atrapado el enemigo.

—Ahorita lo voy a convencer por qué la atrapó el enemigo. Mira, muchacha: te voy a hacer una pregunta, que tú me digas la mera verdad, porque aquí la sota de espada me está diciendo que tú, que cada vez que tú metes a bañarte en tu baño, te bañas encuerita.⁸ Te quitas todito. Dime la verdad, si es verdad o es mentira.

⁸ *encuerita*: 'encueradita'.

– Así me baño, porque estoy encerrada.

– Pero el diablo te está mirando; está diciendo que le caíste muy bien y por eso te tiene atrapada.

– Hay noches que yo siento una mano que viene; aquí me la pasa, y a más no duermo. Ya estoy aburrida, que ya tengo siete meses de estar así.

– Eso lo levantamos rápido. Te voy a recetar una toma que vas a tomar, y esta noche voy a hablarle a él a que se deje de cosas y que te entregue. Ustedes me van a pagar.

– Nosotros le pagamos.

Pos me fui a verlo en la noche, y me dice:

– Es que me gustó mucho, porque yo la vi desvestida.

– Déjala, que me van a pagar, y no te pertenece a ti; le pertenece al Señor de las alturas.

– ¿Te van a pagar?

– Son unas gentes pobres. Les voy a dar la orden que lo que quieran regalar.

– ¡No! Si no te pagan cinco mil pesos, no la cures.

– Bueno, les voy a decir.

Ya fui, y les dije.

– Sí se lo pagamos.

Se tomó la medicina, y me dice la mujer, que tenía como seis días:

– Vete a ver a la muchacha, Leoncio, que ni sabes cómo está.

– Pero es que viven allí en los rincones, que ni voy a dar con su casa.

– Preguntando llegas.

Bueno, me fui y me encontré un señor allá a la llegada. Ya le conversé, y dice:

– Ah, yo conozco a esa gente; vamos.

Y nos fuimos. Llegué y toqué; ya, vino la muchacha, y dice:

– ¿Qué anda usted haciendo, don Leoncio?

– Pos vine a verte cómo estás.

– ¿Usted cree que desde la primera noche no me duele nada? Duermo muy tranquila y ya no tengo nada. La medicina ni la he terminado.

— Pues, gracias a Dios.

— No. Yo le doy las gracias a usted, porque usted me curó.

— No, m'hija. Te voy a recomendar algo: ahí en la noche te sales a ese arbolito. En la noche, o en el día, si no tienes vergüenza. Te hincas y le estás dando las gracias al Señor de las alturas, que es quien nos está ayudando. El diablo se retiró.

— ¿Por qué se retiró?

— Porque tiene poder, pero tiene más poder Aquel.

— Estoy buena y sana ya.

Así con cualquier trabajo. Si hay alguna persona que sepa que lo van a matar, que ya lo traen a raya y me viene a ver, agarro y me pongo a trabajar. A los siete días puede andar libre, y si se encuentra por ahí al que lo va a matar, le dice:

— Oye, perdóname, hermano, que yo te iba a matar.

Ya, se acabó todo. Por eso es que medio mundo me quiere. Me llevaron a Toluca, porque una señora... el arreglo, no paraba de arreglar;⁹ entonces, nadie pudo por allá, pero un señor de Isla vino aquí, y dice:

— ¿Si vemos a don Loncho?

Rápido vino el señor de allá, y le dije:

— Mira: se trata que esta señora se peleó con una teca.¹⁰

— Sí, es cierto, y a los poquitos días le colocó dos animalitos acá. Unos sapitos, así como el poche de la tierra,¹¹ que son blancos.

— Están colocados acá. Cuando esos animalitos van a comer, 'ta bajando eso, pero no porque ella arregle.

— ¿Eso cómo se lo hace?

— Hay que meter la mano pa' sacarle.

— No le hace. Me lo llevo para allá. Nos arreglamos el precio.

— No voy a meter la mano yo.

— Pero, ¿por qué no?

— Se trata de abusar.

⁹ arreglo, arreglar: sic, por 'regla', 'reglar'.

¹⁰ teca: 'mujer istmeña, juchiteca'.

¹¹ poche: "batracio pequeño de aspecto repugnante, ventrudo, y que vive generalmente enterrado" (Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, s.v.).

Si el brujo como nosotros es abusador, está metiendo la mano pa' dentro, porque allá ya lo está mirando El de allá arriba; está abusando.

—Vamos a ir al Seguro, con su doctor, el doctor va a decir de una muchacha que tenga la mano delgadita, y esa va a ser la que se va a encargar, y su esposo ahí va a estar con un platón esperando lo que va a sacar y lo va a echar al platón, y en veinte minutos la dejo buena.

Todo hicimos ansinas. El doctor de allá se admiró:

—Hasta horita reconozco que hay brujerías. Los animales los sacamos.

Entonces, soy el dedo chiquito de esa gente, y viven en Toluca, delante de México. Claro que ya estoy advertido en ese trabajo.

